

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

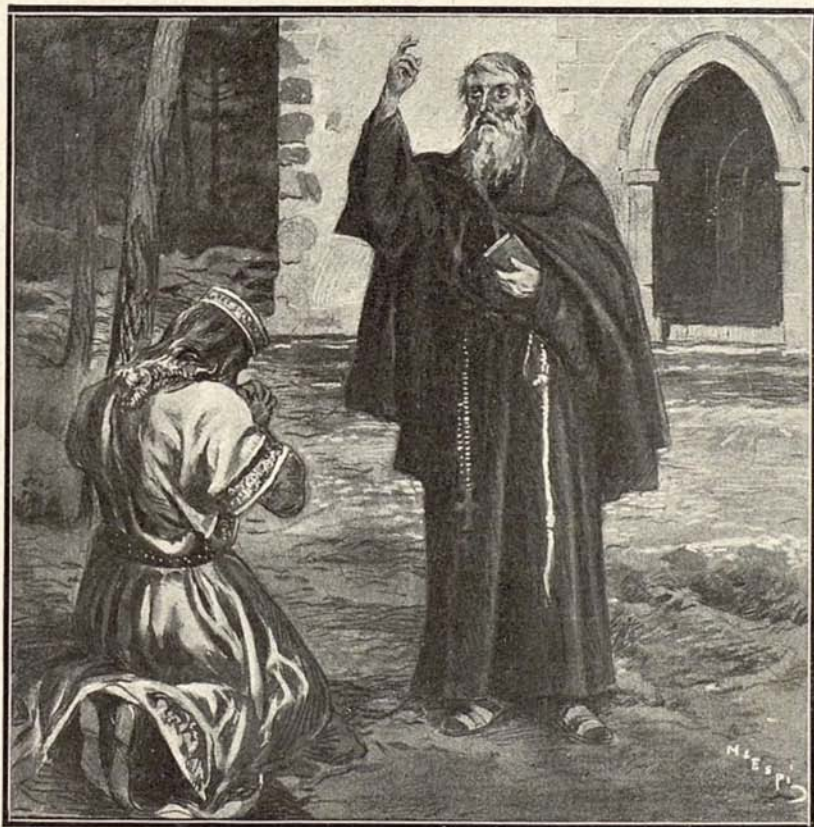


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 16 DE AGOSTO DE 1908,

NÚMERO 33



LA CRONICA DEL REY TEODORO

Cuenta la crónica del Rey Teodoro que en el quinto año de su reinado se vió la tierra asolada por las mayores desgracias. No sólo los campos, fértiles hasta entonces, dejaron de rendir sus frutos, sino que se sintieron fuertes terremotos y se manifestaron otros fenómenos

Ayuntamiento de Madrid

aterradores. Los pájaros huyeron de sus nidos y perecieron las flores de los jardines.

Todo esto se tuvo por un castigo del cielo, y el Rey Teodoro expidió una proclama en que exhortaba á todos sus súbditos á que impetraran la divina clemencia para apartar tan terribles males; pero el castigo siguió por mucho tiempo.

La gente se moría á centenares, víctima del hambre y de la sed, y se desarrolló una espantosa peste.

Vivía á la sazón, retirado de la ciudad en un paraje solitario, cierto ermitaño tenido por santo; tal era la austeridad de su vida y tal el número de milagros que aseguraban todos se hacían por su intercesión.

Determinó el Rey Teodoro consultar al santo varón, y se encaminó solo y sin ceremonia alguna á la cueva en donde moraba el ermitaño.

—¡Salve, oh Rey!—exclamó éste al verlo.

—¿Cómo sabéis que soy el Rey?—preguntó el Monarca asombrado.

—Yo todo lo sé—dijo el ermitaño.

—Pues si todo lo sabéis, decidme: ¿Por qué nos envía el cielo castigo tan horrendo? ¿Qué pecado ha cometido mi pueblo, que es visitado por males tan terribles?

—¿Qué mayor pecado que la ingratitud?—exclamó el santo.—Hace siglos que Dios envía sus beneficios sobre esta tierra, y ¿qué hemos hecho en compensación...? ¡Ofenderle...! Por eso con justicia nos castiga. Mas hacedle una ofrenda digna de él, ¡oh Rey!, y todos estos males desaparecerán.

—Así será—aseguró el Monarca. Y expidió otra proclama en la cual exhortaba á cada uno de sus súbditos á que hiciera una ofrenda.

11

Beatriz, hija única del Rey Teodoro, era tan linda como virtuosa. Se asemejaba su tez á la rosa temprana y sus ojos al nítido azul del cielo de primavera. Oro parecía su cabello, y sus dientes perlas. Jamás se había visto en el pueblo mujer más hermosa ni más buena. Cuando nació (cuenta la crónica) se oyeron en el espacio ciertos aleteos como de ángeles, y unas voces que en dulce armonía entonaban el *Gloria in excelsis*.

Idolatraba el Rey á su hija, viendo en ella la imagen de la Reina, que había fallecido al darla á luz, y á quien había amado tiernamente.

Cuando las desgracias sobrevinieron, entristeci6se la Princesa, pues doliale el alma de ver tanta gente morir y tanto sufrir cosas tan penosas.

Adem6s, los p6jaros y las flores eran su encanto, y ya no los habia. Los prados y los jardines estaban desnudos y silenciosos

III

Al publicarse la proclama del Rey Teodoro, reuni6se una gran suma de dinero, y determin6 el Rey erigir con ella un suntuoso templo ex piatorio, mas el ermita6o le dijo:

—No quer6is comprar 6 Dios con dinero. Ofrecedle m6s a6n.

Y el Rey exclam6:

—¡Dios mío, tomad todos mis bienes!

Pero sigui6 el castigo, y el ermita6o dijo:

—Ofrec6dle m6s a6n.

EL MARQUÉS DE SAN FRANCISCO

Concluirá





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXIX

Eso que les prometí de enseñarles una labor preciosa no puede ser, porque la han hecho mis hermanas y no me dejan que la enseñe ni que la *miss* la pinte. ¡Qué cargantes son algunas hermanas mayores! ¡Me da una rabia! Bueno, pues que se fastidien; ¡lo que es decirlo, sí lo digo! Es una sombrilla de seda blanca, y ellas han hecho unas mariposas de encaje lindísimas, con las alas plateadas y todo, y esas mariposas las han... las han... ¡ay que no me acuerdo cómo dicen...! las han *pegado*... no, no... no dicen *pegado*... las han... ¡Jesús, qué tonta soy...! ¡ah, sí!, las han *incrustado*, ¡ya salió!, y así, al trasluz, cuando las da el sol, resulta precioso.

Como no he podido cumplir mi palabra de enseñar la sombrilla, enseñaré unos cuadritos de encaje que estoy aprendiendo á hacer. Se llama encaje *Renacimiento*. ¡Qué risa! ¡parece que ese encaje ha nacido muchas veces!; *renacimiento*... *renacimiento*. No vayan ustedes á figurarse que es muy difícil, no; pero bastante pesadito, sí; la *miss* dice que es porque á mí me gusta más guisar que coser; no sé si será por eso, pero me resulta fastidiosito. Les enseño á ustedes varios cuadritos, porque cada uno es diferente que el otro. Si tengo paciencia haré una colcha para la cama de Baby. ¡Miren ustedes qué bonitos son todos los dibujos!

Lo fastidioso es que no puedo poner todos estos cuadros hechos un revoltijo, sino que necesito escoger el que me dé la gana, y de ese hacer muchos y pegarlos á otros cuadros de raso, ó hacer tiras largas, ó hacer un pedazo grande, grande, que tape toda la camita, y eso va á ser mucho.

Pues señor, los amigos listos á lo mejor le fastidian á uno porque sí. Luisito hace días que siempre me pregunta:

—Piluca, ¿cuándo vas á hacer caso de aquel letrerito que apareció en los cristales de tu cuarto y te vas á confesar?

—¿Sabes, Luisito, que eres muy porra?—le contesto.

—No es muy bonita que digamos esa respuesta—dice él.

Y empieza á decirme qué sé yo cuantas cosas, de que si las niñas buenas se confiesan y las malas también para ser buenas; y que á mí me hace bastante falta, porque hago muchas diabluras; y que me quedaré muy contenta y descansada si me confieso; y que los sacerdotes son muy cariñosos; ¡qué sé yo las cosas que me dice! Y como es más listo que yo y sabe más cosas, charla y charla, y me deja sin saber qué responderle. La *miss* dice siempre:

—Dejar á la nena, que ella lo pedirá; ¡si es tan buena!

Papá y mamá dicen:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Buena es la nena, buena!

Y mis hermanos y hermanas me dicen siempre, así con guasita:

—¡No te confieses, Piluca! ¡De ningún modo! ¡Qué atrocidad! ¡Qué dirían las naciones extranjeras si tú obedecieses! ¡Qué manera de faltar á tu palabra!

Ya tengo murga para rato... ¡Ay, no digan ustedes que digo *murga*, porque también dicen que es feo! ¡Pero me da coraje, y mucho, sí, señor! ¡Vaya una pesadez! ¡Que te confieses, Piluca...! ¡Que ya es tiempo de que te confieses...! ¡Que debes confesarte! ¡Si se parecen á los fonógrafos, que, en poniendo una *pieza*, siempre dicen lo mismo!

Ya me cansé un día, y le dije á Luisito:

—Mira, Luis, no me *des la lata*. ¿No decís que hace falta *dolor de corazón* para confesarse?

—¡Claro!—dijo.

—¿Y no dices tú que yo tengo muy bueno el corazón?—volví á preguntar.

—Ya se ve que sí, Piluca.

—Está bien; pues como tengo el corazón muy bueno, no me puede doler; conque no me confieso, ¡jea!

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO



Ayuntamiento de Madrid



EL CAUCHO

El caucho ó cauchú, como más comúnmente se le denomina, lo producen ciertos árboles que hay en los países tropicales, y de ellos se recoge haciendo una incisión en el tronco desde su base hasta donde empiezan las primeras ramas, y poniendo en la parte inferior de la incisión un recipiente en donde se deposite el líquido que de los árboles sale; algo de lo que se hace para recoger la resina de los pinos, que todos habrán visto, por poca atención que hayan puesto, al atravesar un pinar.

El jugo que dichos árboles producen es blancuzco, y aunque contiene el caucho, hace falta separar éste de la parte acuosa, lo cual se consigue sometiéndolo á un fuego muy vivo para que el agua se evapore. El caucho así obtenido está lleno de impurezas de las que hay que limpiarlo; para ello hay que valerse del agua fría, en donde se le baña con gran frecuencia. Una vez que está bien lavado y que el agua en que se ha sumergido sale completamente limpia, se amasa el caucho, dentro de una caja de hierro, con unas barras del mismo metal; los bloques que resultan de esta operación se prensan, y se les da la forma de panes redondos ó cuadrados que, más tarde, se cortan con cuchillos mecánicos en porciones más pequeñas, en tiras ó cintas.

Cuando se quiere obtener un caucho muy purificado, debe disolverse el jugo que de los árboles se desprende en una cantidad de agua igual á cuatro veces el peso del referido jugo, dejándolo reposar después por espacio de veinticuatro horas, al cabo de cuyo tiempo el caucho asciende á la superficie del agua; se recoge, se vuelve á mezclar con

agua fresca, nuevamente se reposa y así se continúa haciendo mientras tanto el agua no salga limpia del todo.

El caucho ya extraído del jugo de los árboles no se disuelve en el agua, caliente ó fría, pero sumergido en la primera se ablanda mucho. Si una vez ablandado se corta, uniéndose luego los extremos ó bordes, quedan éstos tan completa y sólidamente pegados que no se aprecia la soldadura. De este procedimiento se valen para hacer los tubos de goma y también para hacer las sondas que se emplean en cirugía. Se cortan cintas de caucho más ó menos anchas y gruesas, según sea el tubo que se quiera fabricar; se sumergen las tales cintas en agua bien caliente, y cuando están blandas se rodean á un palo, uniendo los bordes de dichas cintas que en seguida se pegan sin que pueda conocerse después el sitio de la unión.

Pero si el caucho no se disuelve en el agua ni en el espíritu de vino, en cambio se disuelve muy bien, sobre todo una vez ablandado por medio del agua caliente, en el éter y en la trementina, y esta propiedad del caucho se utiliza para hacer impermeables los paños, los tejidos y el calzado, y conseguir así que no los atraviese el agua. Para ello se extiende sobre la tela, con un cepillo, el caucho disuelto, que estará bastante espeso, con objeto de que la tela no lo absorba; se prensa luego para que la capa de caucho tenga un grueso igual en toda la superficie del tejido; se coloca después otra tela sometida á la misma manipulación sobre la preparada ya, y se vuelven á prensar las dos telas unidas, sobre las que se hace pasar una corriente de vapor de agua, dejándolas secar después.

Tal es el procedimiento más usual para hacer impermeables los tejidos, á fin de que por ellos no pase el agua ó la humedad.

No hace mucho tiempo que se conoce el caucho en Europa, pues sólo en 1736 lo trajo un sabio francés, que en sus viajes al Perú tuvo ocasión de estudiar y apreciar sus ventajas y propiedades.

La mayor parte de las aplicaciones que hoy tiene el caucho no hubieran sido posibles caso de no haberse inventado la vulcanización de éste, que le da más consistencia, y que se obtiene mezclando con la pasta, al amasarla en las cajas de hierro, azufre calentado á 112 grados y conservando todo ello durante algunos minutos á una temperatura de 150 grados.

También se ha conseguido endurecer el caucho mezclándolo con azufre, en proporción de la mitad de su peso en la máquina de compresión, enrollándolo luego en bloques que se calientan á 100 grados durante dos horas y á 150 por espacio de cuatro. Este producto forma una pasta dura que se puede torneear y hacer con ella boquillas para toda clase de instrumentos, peines, botones, portaplumas y una porción de objetos que constantemente estamos empleando, y que constituyen una rama importante de la industria moderna.

JUAN ANTÓN



ZURICH

En un sitio muy agradable, á la extremidad septentrional del lago de su nombre se halla Zurich, capital de un cantón de la Confederación Helvética. Es de fundación romana, y en la orilla derecha del río Limmat se hallaba la Abadía de Fraumunster.

Son notables el Ayuntamiento, construído en el siglo xvii; la iglesia

Grossmunster, catedral; la torre de Waltessberg, y la Escuela politécnica.

Zurich es principalmente una ciudad industrial que en los últimos años del pasado siglo ha tomado gran desarrollo. A la cabeza de su industria figura la fabricación de la seda y siguen la de telas de lana y de algodón, estampados, tenerías, tintorerías, etc., etc.

LA CONQUISTA DE MADRID

Formando parte del reino árabe de Toledo figuraba la que hoy es corte y capital de España. El famoso historiador y geógrafo Xerif-al-Edrisi, dice que *Machrith*, ciudad y plaza fuerte, estaba asentada en la jurisdicción de Toledo y al pie de sus montes. Su posición estratégica era apreciada por los moros, y los reyes cristianos á su vez



D. ALFONSO VI

habían intentado varias veces su reconquista, pero sin que sus intentos lograsen éxito favorable hasta el siglo x, en que Ramiro II acometió briosamente la empresa y consiguió abrir brecha en sus muros y causar grandes destrozos en sus moradores; pero como no tenía seguridad de poder conservar la plaza en su poder, se resolvió á abandonar su recinto y regresó á León con rico botín de guerra.

Otra tentativa, no mucho más duradera, realizó Fernando el *Magno*; pero la conquista definitiva correspondió á Alfonso VI.

El conquistador de Toledo decidió

recuperar de una vez para siempre aquellos territorios y arrojar de allí á la morisma, para devolver á los cristianos la antigua corte de los visigodos, y emprendió la conquista de la renombrada *Medina Machrith* ó *Majerit*, nombres árabes con que se designaba la *Mantua Carpetana* de los romanos, el Madrid de nuestros tiempos.

La acometida de los cristianos fué vigorosa, y á su terrible empuje

tuvo al fin que ceder la desesperada resistencia de los moros que defendían la ciudad.

Es tradición que cuando los guerreros cristianos asaltaron los muros por la Cuesta de la Vega, se descubrió una imagen de la Virgen María, que cuando los árabes invadieron á España ocultaron los cristianos en un nicho del muro.

Aquella imagen, con la advocación de la Virgen de la Almudena, es la patrona de Madrid, y frente al muro donde señala la tradición piadosa su aparición, se está construyendo una suntuosa catedral dedicada al culto de la venerada imagen.

En la gloriosa batalla que devolvió á Madrid á los reyes cristianos, tomaron muy activa parte y contribuyeron poderosamente á la victo-



EL ASALTO DE MADRID

ria sobre las huestes agarenas dos insignes guerreros segovianos: don Día ó Díaz Sanz y D. Fernán García, de quienes afirman los historiadores que fueron los primeros que lograron tremolar el victorioso estandarte de la Cruz en la puerta llamada de Guadalajara.

A la conquista de Toledo y Madrid siguieron las de Guadalajara, Illescas, Maqueda, Escalona y Alcalá de Henares, y allende el Tajo Consuegra, Mora y Talavera, llegando los cristianos al Guadiana.



EL GUSANO DE SEDA

El tío Lucas, viejo zapatero remendón y gran criador de gusanos de seda, estaba aquel día en todas sus glorias. ¿Pensaban sus amigos que, como siempre, se iba á agarrar en cuanto se levantara á los zapatos, leznas y cuchillas? Pues no, señor; aquel día lo destinaba él á la holganza, es decir, á un trabajo tan llevadero y entretenido que, más que trabajo, parecía recreación y esparcimiento. Iba á escaldar los capullos de la seda; iba á coger su cosecha; y para que sus amigos le vieran, los invitó á echar un trago, los llevó á su casa y los condujo á la habitación en donde criaba á los gusanos. Era un cuartucho pequeño, de desconchadas paredes adornadas con grises telas de araña. Su ambiente estaba impregnado de un olor cansino á hojas marchitas de morera; la luz, no muy abundante, penetraba por un ventanuco abierto junto al techo, y toda una de las deslustradas paredes desaparecía tras unos, como si dijéramos vasares, cubiertos con manojillos de desnudas ramitas. Orondo el tío Lucas exclamó:

—¿Qué os parece mi gusanera? No muy limpia, ¿verdad? Pues de aquí saco todos los años un buen puñado de pesetas. Es cierto que me cuestan bastantes cuidados y trabajos. Mirad: en cuanto, fecundados los huevecillos por el calor, los gusanos

nacen, tengo que cuidarme de ir todos los días á buscar hojas de morera. Al principio, como los gusanillos son tan pequeños que casi no se ven, comen muy pocas; pero pasados los primeros días, empiezan á crecer de un modo extraordinario y las necesitan á montones; pues, sobre que engullen demasiadas, hay que mudárselas dos ó tres veces al día para que se mantengan siempre frescas. Así están creciendo unos cuarenta días, en cuyo tiempo mudan de piel cuatro veces, con notable riesgo de la vida, pues pierden el apetito, se aletargan y muchos de ellos sucumben. Cuando van á convertirse en crisálidas buscan en estas ramillas el sitio más apropiado para la construcción de sus capullos. Tres días tardan en hacerlos, y al cabo de ellos los gusanos se han encerrado en sus cárceles de seda, en las que permanecen hasta que, transcurridas tres semanas y perforados los capullos, salen unas mariposas blanquizas de muy poco ver que, después de depositar en unos blancos lienzos, preparados de antemano, de 300 á 500 huevecillos cada una, mueren con la satisfacción del deber cumplido. Pero como los capullos están formados por una sola y finísima hebra de unos mil metros de longitud, resulta que, al salir, las mariposas rompen el capullo y estropean toda la seda y, por lo tanto, es preciso que, fuera de los que se dejen para semilla, se escalden los demás para matar las crisálidas, que es lo que ahora voy á hacer.

Llamó el tío Lucas á su mujer, la cual apareció al poco rato trayendo un barreño de agua hirviendo, en el cual fué echando el zapatero toda su cosecha de hermosos capullos ovóideos, blancos unos y otros del color del oro. Mientras él los revolvía en el agua, su mujer exclamó:

—¡Parece mentira que de la miseria de estos gusanos salga la lujosa y rica seda, ornato de los palacios y gala de las fastuosas casas.. !

José A. LUENGO.



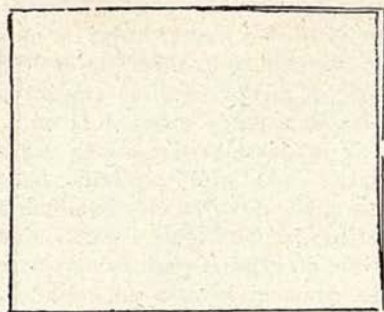


Fig. 1

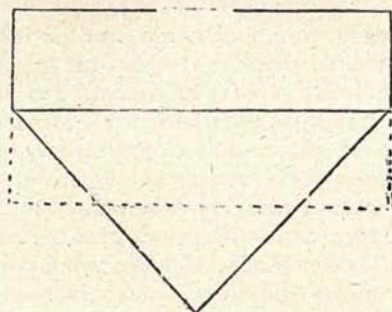


Fig. 2

JUGUETES DE PAPEL. LA LANCHA

Esta sencillísima embarcación no tiene las dificultades que otros juguetes de papel de pliegues complicados, y seguramente con la simple lectura de estas líneas y un poquito de atención á las figuras que las acompañan, para enterarse serenamente sin temor á confusiones, podrá cualquier lector fabricar de primera intención la lancha. Advertimos ante todo que para esta labor no es preciso cuadrar el papel como se practica cuando se van á hacer pájaras y otros juguetes por el estilo.

El papel debe cortarse en la proporción de 25 centímetros de largo por 18 ó 20 de ancho, formando ángulos rectos. Se dobla por la mitad en sentido de su longitud, y quedará como aparece en la figura 1.^a Los ángulos se doblan hacia el centro, como aparece en la figura 2.^a, y las tiras que queden se doblan como indica la línea de puntos, y resulta el sombrero de tres picos. Metiendo por el hueco los dedos pulgares se abre para doblar las puntas juntas. Quedando el papel como en la figura 3.^a, después de doblar las puntitas de la 2.^a, se doblan las puntas que tienen los cuadraditos por la línea de puntos. Otra vez tenemos el tricornio, que se abre como la primera vez y se dobla lo mismo, quedando como en la figura 4.^a Cogiendo los dos ángulos con los dedos pulgar é índice de cada mano, se separan con suavidad y queda concluído el baquito de la figura 5.^a

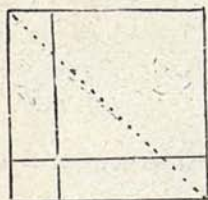


Fig. 3

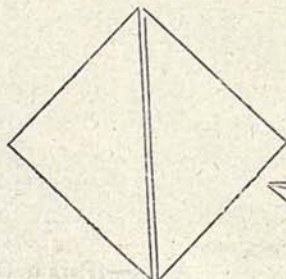


Fig. 4



Fig. 5

DOS CAMARADAS



—¿Qué vas á ser?
—Ingeniero, como mi papá. ¿Y tú?
—Zapatero, como mi padre.



—¡Sabrás muchas cosas!
—Ya lo creo; vamos á aquella fuente y aprovecharemos el saito de agua.



—¿Ves este chorro?, pues vamos á construir una máquina hidráulica.
—¿Y qué es eso?



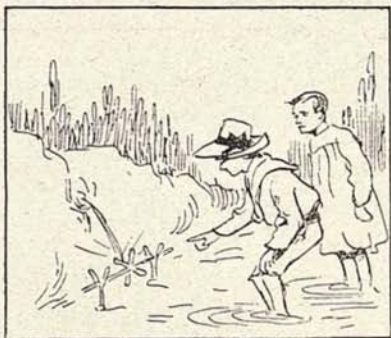
—Verás que precioso.
Mientras yo preparo unas ramas corta unos juncos.



—¿Ves qué sencilla es la máquina?
—¿Y qué hace?
—Dar vueltas como un molino



—Ante todo, quitémonos el calzado.
—¿Para qué?
—Para poder meternos en el arroyo.



—Ahi la tienes, girando como un molinc.

—La mueve el chorro.

—Como que es la fuerza motriz.



—¡Anda, salero!

—¿Qué ha pasado?

—El arroyo que se ha llevado nuestros zapatos.



—No te apures por eso. Con la corteza de este árbol y unos juncos te hago yo unas abarcas que ni pintadas.

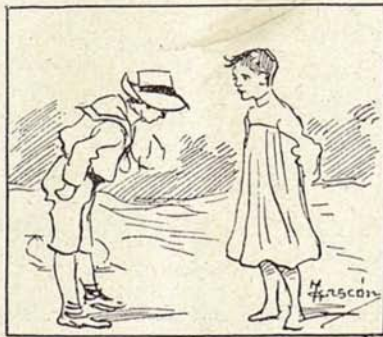


—¡Pero tardarás mucho!

—Ca, hombre. En un momento las vas á tener listas para ponértelas.



—Miralas; con ellas puedes volver al pueblo, y una vez allí, ya sabes que mi padre es el zapatero.



—Mi respetable amigo: veo que yo llegaré á ser un ingeniero; pero tú eres ya desde pequeño un ingenioso.